

La calle para el martes 22 de abril de 2008  
Diario de un espectador  
El pelícano Burgos  
por miguel ángel granados chapa

A los ochenta y tantos años de edad el sábado 19 de abril murió el violinista Daniel Burgos Perayta, conocido como El pelicano. Si el mote le vino con la edad, estaba plenamente justificado. En lo que fue su última presentación en público, a fines de enero pasado, ostentaba una larga barba blanca, cuya extensión denotaba que vivía ya retirado: de otra suerte le hubiera sido imposible conciliar la colocación de su instrumento con la tupida y nevada selva que cubría su rostro y llegaba hasta el pecho.

Ese día recibió la medalla Mozart, una preseña cuya entrega se inició en 1991, por idea del arquitecto Luis Ortiz Monasterio, y que desde entonces ha añadido prestigio a promotores, compositores, directores e intérpretes de música de concierto. La ceremonia correspondiente es organizada cada año por el Instituto nacional de Bellas artes, la embajada de Austria en México y la Academia de la medalla Mozart, presidida por el maestro Fernando Lozano. Este año por primera vez se distinguió con ella a atrilistas de coro y orquesta, en este caso a Burgos.

Durante años, el notable violinista fue concertino de la Orquesta filarmónica de la UNAM. Su nombre sonó una vez más en torno de esa conjunto porque en su seno se tuvo el sábado pronta noticia de la muerte del maestro Burgos Perayta. Se dio parte de su muerte en los dos conciertos de la Ofunam dedicados precisamente a Mozart. El sábado por la noche se guardó en memoria del antiguo concertino un minuto de silencio. Al mediodía siguiente el homenaje se convirtió en un minuto de aplausos ofrecidos por el público mientras que la orquesta, sus miembros todos de pie, callaba durante ese mismo lapso.

Burgos fue parte de esa orquesta desde los tiempos de sus fundadores, los maestros José F. Vázquez y José Rocabrana. Llegó al sitio principal después del director en la brillante época de Eduardo Mata. En su carrera propia, que contó con momentos notables, fue también concertino de orquestas dirigidas por Sergei Celibidache y Otto Klemperer, por ejemplo..

Además de la noticia luctuosa la sesión de fin de semana de la orquesta universitaria se caracterizó por la presencia de Pietro de María, “joven y de buen ver” según repetían con entusiasmo las señoras, que interpretó el Concierto para piano y orquesta No. 21 en do mayor, Kegel 467. Ofreció además un encore no para salir del paso, como no es extraño que hagan intérpretes avaros o agotados, sino como una generosa retribución al no menos generoso aplauso del público.

En la incomprensible tradición de los programas de mano, que omiten ese dato personal como si fuera un acto de discreción, no se dice cuándo nació en Venecia el artista al que el público podrá escuchar esta misma semana en un programa ejecutado sólo por él en la sala Nezahualcóyotl. Pero deba haber sido hace muy poco cuando ganó, a los trece años, el primer premio del concurso internacional Alfred Cortot en Milán. Después se graduó en el Conservatorio de su puerto natal y más tarde lo hizo en el de Ginebra, donde obtuvo el primer premio al virtuosismo en 1988. Ha obtenido otros galardones de esa jerarquía en el concurso Tchaikovsky de Moscú, el Dino Ciani, del teatro de La Scala de Milán, el Géza Anda de Zurich y el Mendelssohn de Hamburgo.

Tal vez porque no dirigía aun la Ofunam cuando se recordó a Mozart en 2006 con motivo del 250 aniversario de su nacimiento, el nuevo titular de la orquesta, el maestro Alun Francis, parece dispuesto a compartir su gusto por el genio de Salzburgo. Lo ha incluido varias veces en la programación y este fin de semana los tres números fueron mozartianos. El público avala esta selección, como lo muestra su copiosa presencia en la sala Nezahuacóyotl, en que ya no es raro quedarse afuera porque se agotan las localidades.